

SERMON

SOBRE LA

PRIMERA PALABRA QUE PRONUNCIÓ JESUCRISTO

EN LA CRUZ

Pater ignoscé illis, quia nesciunt quid faciunt.

"Padre mio, perdónalos, porque ignoran lo que hacen"

S. LUCAS, CAP. XXIII, v. 31.

Si Jesucristo hubiera derramado su Sangre Preciosísima en el leño de la Cruz, sin rogar á su Eterno Padre por sus mismos verdugos y por todos los pecadores, clamaria solamente como la Sangre de Abel, por la venganza, y no por la misericordia: por infinita que fuese su eficacia, en vez de redimir al hombre le serviría de incomprensible tormento. Mas el pacientísimo Cordero, hallándose cual lo pinta el Salmo, con los ojos encajados y lánguidos por causa de la ira y furor de sus enemigos: *Conturbatus est in ira oculus meus*: con el alma abatida entre angustias, y sus entrañas decaídas con la fuerza de la agonía: *anima mea et venter meus*: herido de piés á cabeza y en tan la-

mentable estado que se le podían contar todos sus huesos, únicamente le quedaba su lengua sana, como dice San Vicente Ferrer, valiéndose de esta locución enérgica: "No era justo que llegase el dolor hasta la parte que había de ser instrumento de declarar el perdón." Abriendo, pues, la boca nada más que para hacer su testamento, dirige á Dios antes de todo estas fervorosas peticiones, concebidas en la admirable cláusula de mi texto ya propuesto: "Padre de mi corazón, perdónalos, porque ignoran lo que hacen."

No faltan ejemplos aun en la historia profana, de hombres que han tenido un corazón noble y magnánimo como Licurgo. ¡Oh! á este le entregó la república un joven atrevido, para que lo castigase á su arbitrio por haberle sacado un ojo; pero él en lugar de imponerle pena, le remitió generosamente el crimen, y lo trató con atención afectuosa. También Sócrates, que padeció la muerte con ánimo tranquilo por frustrar la injuria de sus enemigos, es un monumento más ilustre de esta verdad. Sin embargo, las acciones virtuosas de todos los paganos, más nacían de cierta prudente moderación natural, que de verdadera virtud.

Mejores modelos nos presenta la Sagrada Escritura en la persona de Jacob, que perseguido de muerte por su hermano Esaú, lo amó, y adquirió por esto las bendiciones de Isaac: en José, que aborrecido y vendido por sus hermanos, les condonó las injurias y los hizo participantes en el Egipto de la abundancia y de las riquezas: en David, que acechado de Saúl en mil maneras, no se vengó de sus agravios; antes bien, pudiendo á su salvo quitarle la vida, lo perdonó: por

este motivo clama en los Salmos con estas expresivas voces que demuestran la bondad de su corazón: "Si volví mal por mal, caiga como es justo delante de mis enemigos indefenso." Pero estos héroes y todos los incontables hombres ínclitos de uno y otro Testamento, que hicieron lo mismo ó toleraron la muerte con resignación y firmeza, no son más que imágenes muy imperfectas de Jesucristo. En efecto, ¿quién podrá compararse con nuestro Salvador? ¡Ah! Cuando era reputado por sus perseguidores como el ladrón más facineroso, cuando recibía en su Cuerpo todos los tormentos que tenían merecidos los pecados del mundo, ruega al Padre por ellos: su muerte en el punto mismo que se la ocasiona el pecador, viene á ser mediante su oración, la fuente de la vida de este delincuente.

“Oh palabra de tan gran paciencia, exclama con razón San Anselmo, palabra de grande dulzura, de grande amor, de indecible caridad! No solo los verdugos, sus jueces y el pueblo judío, sino también todos los hombres cuyos pecados eran la causa de sus padecimientos, estaban comprendidos en esta oración universal: aborrece el pecado, muere por destruirlo, pero ama al pecador: se despidió de él excusándole é invocándole el perdón, y espira por él.” Es decir, emplea la voz de su Sangre y los esforzados gritos de su amor para redimirle y salvarle. A este fin se encaminará todo mi discurso; más por vuestra mediación, ¡oh Virgen singular! que fuisteis prevenida con la plenitud de gracia desde el primer instante de vuestro ser natural, imploramos el auxilio divino. Ave María.

"Padre mío, perdónalos, porque ignoran lo que hacen."

S. LUCAS, cap. y vers. citados.

Todo pecado es un compuesto monstruoso de malicia y de ignorancia. Su malicia consiste en que como lo define San Agustín, es: "Un dicho ó un hecho, ó un deseo contra la Ley eterna:" la ignorancia consiste en que incluye en sí una falta de ciencia, respecto á lo que el hombre debe saber para salvarse. Jesucristo, pues, ora á su Eterno Padre desde el altar de la Cruz, omitiendo la malicia de la culpa y ofreciéndole por el perdón todo el precio del rescate, todo el infinito tesoro de sus méritos. Solamente habla de la ignorancia, porque procura excusarnos, porque muere por reconciliarnos. Mas todas las obras del Salvador, Sol Divino de justicia, son como rayos, que inclinándose hácia nosotros, nos hacen esclarecer nuestra conducta. El precepto de amar á los enemigos y de rogar por los que nos persiguen, ha sido confirmado con su misma práctica para nuestra edificacion: así es que nos obliga con la doble fuerza de la palabra y del ejemplo. En tal supuesto, procederé á asentir estas dos breves proposiciones: Primera: Jesucristo pide á su amado Padre en la Cruz el perdón para sus enemigos. Segunda: El hombre debe, á imitacion de Jesucristo, perdonar á sus enemigos. Prestadme vuestra atencion, cual conviene á la grandeza de estos importantes puntos.

PRIMERA PARTE

Apenas el Hombre de dolores acabó de pronunciar su humildísima deprecacion, cuando comenzó á engendrar en la misma Cruz una dilatada é innumerable familia: sus ruegos no fueron como los de los demas hombres, débiles é imperfectos, sino eficaces y perfectísimos. Bien podia en un mismo acto orar y conceder; quiero decir, que al mismo tiempo que suplicaba en cuanto Hombre, otorgase en cuanto Dios. La razon es convincente; porque supuesto su beneplácito, ninguna distancia de lugar ó de tiempo promediaba entre la peticion y la dacion, entre el toque y la apertura, entre la diligencia y el hallazgo. Como que es un Dios por esencia con el Padre y con el Espíritu Santo, tenia la autoridad de perdonar los pecados: como que es un Hombre unido hipostáticamente al Verbo, era su humanidad el instrumento principal de la divinidad.

De un momento, pues, á otro, aquel ladrón famoso que merecia ser lanzado hasta lo profundo del abismo, se siente iluminado por una luz interior y sobrenatural, y clama así á su Redentor moribundo: "Señor, acuérdate de mí luego que estés en tu Reino." En estas cortas palabras lo reconoce por su Señor y por su Rey, y se arrepiente de todos sus crímenes: sufre con paciencia y con espíritu de penitencia el resto del suplicio, y confia en su divina misericordia. Jesucristo le responde con grande caridad y dulzura, añadiendo

aún el juramento: "En verdad te digo, que hoy estarás conmigo en el Paraíso." Hoy, esto es, antes de que se acabe este día, antes de que llegue la noche estarás conmigo, no ya sobre la Cruz, sino en el seno de Abraham, lugar de reposo y de delicias: allí esperarás, no en penas, sino entre gozos el día feliz en que entraré en las riquezas de mi reino: irás conmigo, y tú también reinarás conmigo coronado de salud y de bendición. ¡Oh ilustre penitente! del delito pasaste á la prisión, de la prisión á la Cruz, y de la Cruz al Paraíso. Pero este es un ejemplo, ¡oh cristianos! propuesto por la clemencia del Señor, no por uno solo sino por muchos.

Demás de esto, así como refiere el Evangelio, "dando Jesucristo de nuevo un grande grito.... é inclinada la cabeza rindió el espíritu." Viendo el centurion que exclamando fuertemente habia muerto, glorificó á Dios con estas palabras: "Ciertamente este Hombre era justo.... Verdaderamente este Hombre era Hijo de Dios." De manera que solo bastó al centurion este grito de autoridad que Jesus dió muriendo, para convencerse que era el Hijo de Dios; para arrancarle al pié de la Cruz la confesion de que el Hijo de Dios es el que espira nada más que por su voluntad. También toda la tropa de los soldados, que con él hacian la guardia á Jesus, visto el terremoto y las cosas que sucedieron, dijo lo mismo: "Verdaderamente este era Hijo de Dios." ¡Y quién no reconoce en este capitán dichoso y en la compañía de sus soldados el principio de una conversion verdadera, que escriba en la fé sobrenatural! Luego que San Pedro confesó á Jesucristo por Hijo de Dios, le contestó el

Señor: "Bienaventurado eres, Simon, hijo de Juan, porque esto no te lo reveló la carne ni la sangre, sino mi Padre que está en los cielos." Dotado, pues, el centurion desde el Calvario de una fé divina, como la de aquel otro de quien habia dicho el mismo Jesus, que no habia encontrado otra tanta fé en Israel; perdonados sus pecados en virtud de la oracion del Salvador en la Cruz, y de su Sangre santísima que vió derramarse; emprenderá una vida del todo nueva, cristiana, perfecta, hasta ser contado por la Iglesia en el número de los santos. Mas ¡oh infinita bondad de Dios! los mismos soldados que poco antes befaban á Jesucristo Crucificado y le ofrecian vinagre por bebida, están ya penetrados en este instante de un temor religioso, y hablan del mismo modo que su superior.

Otro objeto grandioso y del mayor interes se presenta en adelante á ocupar nuestra consideracion. ¡Oh! en cuanto murió en la Cruz nuestro adorable Redentor, descendió á los infiernos su Alma Beatísima unida á la Divinidad. En el limbo de los Santos Padres estuvo en persona, esto es, en la persona del Verbo unida á su Alma, y permaneció en este lugar hasta la Resurreccion. En los otros senos no estuvo en persona, sino realmente por sus efectos, como dice el Angélico Doctor y todos los Teólogos sus discípulos. Reflexionad ahora, señores, cómo en un momento se convirtió aquella oscura cárcel en habitacion de resplandores y hermosísima luz; cómo aquella profunda caverna que parecia olvidada de Dios, se volvió de repente un cielo. Pero lo más digno de admiracion es, que tantos Justos y Santos que alcanzaron el perdón de sus culpas y la gracia santificante por la

fe del Libertador futuro, llenaron sus deseos despues de cumplida su fervorosa oracion en la Cruz: al punto fueron elevados á la vision beatífica de la Divinidad como es en sí, anticipándose con su felicísimo goce al dia en que habian de acompañar á Jesucristo en su Ascension gloriosa á los cielos. De la misma suerte entraron en parte las almas del purgatorio que estaban suficientemente purgadas, como dice el mismo Santo Doctor, ó que en la vida habian merecido de congruo esta gracia por la fe y devocion á la muerte de Cristo. Opinan algunos que el Supremo Juez de vivos y muertos que visitaba las cárceles, absolvió en estrenas de la redencion á las demas almas de este limbo la pena temporal que les faltaba. Sea de esto lo que fuere, ya no se gloriará el demonio por haber estado tanto tiempo cerradas las puertas de la celestial Jerusalem, de tener siquiera detenidos y cautivos á tantos Santos. "Yo los redimiré de la muerte, dice el Señor por boca del Profeta Oseas: ¡oh muerte, yo seré tu muerte! ¡oh infierno, yo seré tu ruina!"

Y así como el Alma Purísima de Jesucristo unida á la persona del Verbo, bajó á los infiernos para darles á las almas de los Santos Padres el alimento proporcionado del lumen de gloria como comprensores; así convenia tambien que quedase sobre la tierra su Cuerpo Santísimo muerto, y su Sangre derramada unidos á la Divinidad, para demostrarnos el alimento destinado por el divino amor á las almas de los hombres viadores. A este fin ya habia instituido en la noche antes de su pasion, el Augusto Sacramento de la Eucaristía que distribuyó á sus discípulos bajo los símbolos de pan y de vino.

No pasaré en silencio que á la hora en que fué fijado Jesucristo en la Cruz, se oscureció el sol y la luna, y se esparcieron por todas partes las tinieblas. ¡Qué horror! ¡Qué espanto! Tan luego como muere, la tierra tiembla, el velo del templo se rasga, y los sepuleros arrojan de sí sus cadáveres. "Y toda la multitud de aquellos que se hallaban presentes al espectáculo y veian lo que sucedia, se volvian dándose golpes de pecho." Así lo dice el Evangelista, y no puede menos que á las señales extraordinarias de la naturaleza se siguiesen en los concurrentes movimientos de terror, y en los corazones prodigios de penitencia. A la vez que los Apóstoles les expliquen el misterio de la pasion y les anuncien la resurreccion, muchos cambiarán de vida, aun acaso de aquellos mismos que insultaron al Rey de Israel sobre la Cruz. Por eso San Pedro al comenzar su sagrado ministerio, bautizó en una ocasion tres mil personas, y en otra cinco mil.

Finalmente, "uno de los soldados, dice San Juan, le abrió el costado con una lanza, y al punto salió sangre y agua." ¡Qué prodigio! despues de muerto Jesucristo le fué atravesado su Sacratísimo corazon de parte á parte, para derramar por el hombre las últimas gotas de su Sangre. ¡No es este aquel manantial perenne de aguas vivas que vió el Profeta Zacarías, patente á la casa de David y á los habitantes de Jerusalem, por manera que habia de lavar los pecados del mundo en los dos canales del Bautismo y de la Penitencia! ¡No es esta aquella fuente de Sangre ó de púrpura real, que se derramó en la Cruz, que se derrama, y que se derramará en el Sacrosanto

Sacrificio del Altar hasta la consumacion de los siglos! ¡Ah! De ella nacen todos los Sacramentos como otros tantos copiosos raudales, de ella fluyen todas las gracias sobreabundantes del Paraiso eterno.

Esta es, valiéndome de otra comparacion, aquella única puerta del cielo; puerta feliz, por la que entró el mismo que la abrió. Mas, ¿qué digo! ¡el mismo que la abrió! ¡Cómo! ¡Pues qué tal crimen no merecia! ¡Ay! Ni aun acierto á hablar: preguntaré de nuevo. ¡Convenia acaso que se abrasase entre las llamas de esta hoguera del amor, el que no perdona á un muerto; antes por el contrario, se dispone para no errarle el tiro, y le rasga con inaudita fiereza el mismo corazon! ¡Ah! Dios que es incomprendible en sus obras, hizo tal portento de la gracia muy distante de los caminos de la sabiduría de este mundo. Sí, cristianos, se cree piadosamente, que el soldado que abrió con su lanza el costado de nuestro Salvador, ademas de tener el alma sujeta á las tinieblas del paganismo, era ciego de los ojos del cuerpo, ó con mas probabilidad, de uno de ellos. Al punto, pues, que fueron estos salpicados con la Sangre y agua que brotaron del Sagrado Corazon de Jesus, recibió á un tiempo la vista del alma y del cuerpo. La Iglesia lo venera en el número de los Santos Mártires, y le tributa un culto especial. De aquí en adelante ya no habrá diferencia entre el judío y el gentil convertidos, entre el romano y el scita, entre el griego y el bárbaro, el lobo y la oveja: tranquilos y confundidos pacerán, segun la expresion de Isafas, habiendo mudado de inclinaciones por la virtud poderosa de lo alto: ellos formarán un solo rebaño, oirán la voz de un solo

Pastor. ¡Y no son todos estos bienes efectos del perdón concedido por Jesucristo en la Cruz! ¡Oh muerte! ¡oh herida! ¡oh Sangre Preciosa del Redentor! Pero á semejanza de este divino modelo, estamos obligados nosotros absolutamente á perdonar á nuestros enemigos.

SEGUNDA PARTE

El Apóstol San Pablo da á entender, que los judíos no tuvieron ciencia cierta de que Jesucristo era Hijo de Dios. "Si la hubieran entendido, dice, (esto es, á la Sabiduría eterna,) nunca hubieran crucificado al Señor de la gloria." Más excusable fué el pecado de los gentiles, por cuyas manos fué crucificado, segun dice San Beda, porque no tenian ciencia de la ley. Generalmente, todo el que peca obra con sobrada malicia é ignora hasta dónde llega la gravedad de su culpa. Mucho menos puede comprender el hombre el inestimable beneficio de la redención que lo ensalza á ser heredero del Reino celestial. Por tanto, sin hablar de la obligacion de excusar á los enemigos sobre su ignorancia é inadvertencia, trataré del precepto de perdonarles su pecado en cuanto á su malicia que es inexcusable.

Manda un principio esencialísimo de la Ley natural, que no se haga á otros lo que no se quiere que se haga para sí. Por eso, explicándome bajo un concepto afirmativo, si queremos que todos nos perdonen, deberémos con la misma equidad perdonar á

todos. Luego que el inocente Abel fué asesinado por su hermano Cain, reprendió el Señor á este sanguinario fratricida con estas temibles palabras: “¡Qué has hecho! La voz de la sangre de tu hermano clama desde la tierra hasta mí.” No dice que el justo Abel clamase por la venganza, pues habia perdonado á su hermano: tampoco que su sangre viva elevaba su voz á la justicia divina, sino mas bien su sangre muerta derramada injustamente sobre la tierra. ¡Oh primicia del amor! ¡oh heroico ejemplo de virtud! En el mismo estado de Ley natural, Laméc confesaba ingenuamente su culpa, por haber matado á un extraño en defensa propia. Y entre las densas sombras del gentilismo resplandece el Santo Job como un destello del Sol de justicia, aunque guiado por diferentes caminos. ¡Oh! los Sabeos y los Caldeos le matan sus pastores y lo despojan de sus bienes: lo que deja un incendio que abrasa sus mieses, derriba un huracan que sepulta hasta sus mismos hijos: su esposa lo insulta, sus amigos lo agravian, todos lo desprecian: de piés á cabeza es un leproso humillado por Dios, se ha hecho como un cadáver, como un espectro que infunde miedo en un muladar. Pero no murmura contra la Divina Providencia, no desea mal á sus enemigos. Con razon lo llama el Espíritu Santo, “varon simple,” sin dolo, ó como se lee en el hebreo, varon íntegro.

Aunque en el tiempo de la Ley escrita no estaba ordenado expresamente á los hombres el perdón de los enemigos, sí estaba comprendido en el precepto universal de amar al prójimo. Los judíos, á quienes Dios mandó destruir á las naciones enemigas é idólatras, abusaban de esta Ley, extendiéndola á las pri-

vadas enemistades. Sin embargo, siempre ha sido cierto, “que el que aborrece á su hermano, como dice San Juan, es homicida.” ¡Quién pone en duda que Moisés rogó á Dios por el pueblo hebreo, su contradictor, despues que adoró el becerro de oro! ¡Quién niega que al punto en que sentia éste en el desierto el castigo por su glotonería é ingratitude, aplacó aquel caudillo con sus oraciones la ira del cielo! Tambien Samuel dirigió incesantemente al Señor sus preces por un pueblo que le era muy contrario: “Lejos de mí, les decia, este pecado, que cese de orar por vosotros.”

Mas Jesucristo, que se dignó darnos por sí mismo la Ley de Gracia y confirmarla con su ejemplo, nos dejó este precepto en el Evangelio: “Amad á vuestros enemigos: haced bien á los que os aborrecen, y orad por los que os persiguen y os calumnian.” “Considera, dice San Pedro Damiano, el beneficio del Redentor: sus enemigos le aplican la hiel á la boca, los clavos á las manos, la lanza al costado; la boca, las manos y el costado ejecutaban por los enemigos.” Con este ejemplo, pues, nos enseñó Jesucristo que tres cosas se han de suministrar á los enemigos, á saber; el corazon, la lengua y las manos. Con el corazon debemos amarlos, con las manos hacerles el bien y con la lengua rogar por ellos. La enemistad está en el corazon, cuando tenemos odio á alguno: en las acciones se persigue al prójimo atentando contra su honor, vida ú hacienda: en las palabras se le aflige con descortesías, injurias, contumelias, censuras y manifestaciones de sus defectos. Habremos conseguido el triunfo, siempre que levantándose en nosotros tales sentimientos,

los ahoguemos con fuerza en nuestro mismo corazón desde su origen; y sin admitir una indiferencia indisculpable, practiquemos el bien con las palabras y con las obras. ¡Felices nosotros si observásemos con perfeccion todas las partes de este mandato del Señor!

Para inculcarnos esta misma verdad, quiso Dios que nos constase en muchos lugares de la Sagrada Escritura, que sería muy largo referir. Por cuyo motivo, no ligándome á este medio y respetando la infalibilidad de los divinos testimonios, decidme: ¡Los torrentes de piedras, para valerme de uno que otro pasaje del Nuevo Testamento, no le fueron dulces á San Estéban, no le granjearon una corona inmarcesible de gloria! ¡No salió de su boca en el perdon que pidió para sus adversarios, el tributo del César que cobraban á Jesucristo! ¡Ah! “Echó San Pedro sus redes sobre las aguas, segun advierte San Ambrosio, y abrazó á Estéban, que ascendió el primero del Evangelio. Por éste estaba el mismo Jesus, quien sabia que en su boca se hallaba el precio de su censo: la oracion por los enemigos, esta era la moneda de oro, todo el censo de Cristo.” Una tradicion conservada por San Clemente Alejandrino nos instruye, que el acusador de Santiago el Mayor le suplicó el perdon cuando lo llevaban al suplicio: el Santo Apóstol se detuvo un instante, le echó los brazos y le dijo: “La paz sea contigo:” poco despues tuvieron ambos la gloriosa oportunidad de consumir juntos su sacrificio. Consta en la Historia Eclesiástica que cuando Santiago el Menor fué precipitado desde lo mas alto del templo, tuvo suficientes fuerzas para rogar á Dios de rodillas por sus asesinos. Todos los Apóstoles se alegraban de su-

frir contumelias y tormentos por el nombre de Jesus, y de vencer con el bien el mal hasta el fin de su vida. La multitud innumerable de mártires peleó contra el mundo con las mismas armas, sellando con su sangre la divina doctrina de su Maestro, y dándose á conocer por el mismo censo de la dignidad evangélica. Todos los santos y justos de todas edades, sexos y condiciones, atendieron á este blanco de la paz cristiana que sobrepuja todo sentido.

¡Qué mas me falta, que volver á admirar á Jesucristo, que difiere en la Cruz su sacrificio por el perdon de sus enemigos! ¡Ah! ya se ve que este era el punto principal de que dependia la aplicacion de su Sangre á la remision de los pecados. De preferencia ruega á su Padre por ellos, antes de encomendar á Juan á María, y á María á Juan, y antes de poner su alma en sus manos. Por otra parte “pedia el perdon, asegura San Ambrosio, para demostrar la plenitud de la Ley que habia enseñado.” A nosotros corresponde cumplir esta misma Ley. “Corramos, como nos exhorta San Pablo, por la paciencia, poniendo los ojos en Jesus, autor y consumidor de la fé.” *Pater ignosce illis, quia nesciunt quid faciunt.*

Consiguientemente, si no amamos á nuestros enemigos, si no les prodigamos beneficios y si no oramos por ellos, seremos semejantes á la abeja: este insecto, picando con su aguijon y causando un breve dolor, pierde la vida. Es necesario perdonar para que Dios nos perdone: *Remittite, et remittetur vobis.* Baste este solo hecho consignado en la Historia de la Iglesia para reducirnos á nuestro deber. Saprificio era conducido con la mayor constancia al lugar del martirio, pero

negó el perdón de una injuria á Nicéforo, que se lo pedía con instancia. ¡Qué desgracia! fué excluido del martirio y de la fé y sustituido á él Nicéforo. “No quede, pues, uno solo en este santo templo que no se reconcilie con su hermano, ó á lo menos tenga el ánimo preparado para hacerlo sinceramente. Es verdad que debemos aborrecer el pecado, en cuanto que es pecado, pero no á la persona que ofende. La primera palabra que habló nuestro Redentor Jesucristo en la Cruz, ha de ser la regla de oro de nuestras costumbres. Imitémosle, y podremos con la participacion de su bondad esperar ser algun dia herederos de su gloria. Así SEA.

SERMON

SOBRE LA

SEGUNDA PALABRA QUE PRONUNCIÓ JESUCRISTO

EN LA CRUZ

Hodie mecum eris in paradiso.
 “Hoy estarás conmigo en el paraíso.”
 S. Lucas, Cap. XXIII, v. 43.

Convenia á los designios de Dios, supuesto que Jesucristo se ofrecia á sí mismo en sacrificio por salvar á todo el género humano, que lo presenciase toda clase de personas, de sexos y condiciones. María, que “estaba en pié junto á la Cruz en actitud sublime, y en la elevacion de su alma,” segun San Bernardo, obtenia el primer lugar en el órden de la redencion, como la criatura mas perfecta y privilegiada: la seguian despues otros justos que acompañaron á nuestro Salvador en su agonía y en su muerte, como el discípulo amado, María mujer de Cleofas, llamada hermana de la Santísima Virgen, y la fervorosa y contemplativa Magdalena. Los ladrones que fueron